

IV Entrañable ternura

1. Texto bíblico

Dios es amor: Sal 145,1.8-9.13-21

*Te ensalzaré, Dios mío, mi rey;
bendeciré tu nombre por siempre jamás.
El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad.
El Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas.
El Señor es fiel a sus palabras,
bondadoso en todas sus acciones.
El Señor sostiene a los que van a caer,
endereza a los que ya se doblan.
Los ojos de todos te están aguardando,
tú les das la comida a su tiempo;
abres tú la mano,
y sacias de favores a todo viviente.
El Señor es justo en todos sus caminos,
es bondadoso en todas sus acciones.
Cerca está el Señor de los que lo invocan,
de los que lo invocan sinceramente.
Satisface los deseos de los que lo temen,
escucha sus gritos, y los salva.
El Señor guarda a los que lo aman,
pero destruye a los malvados.
Pronuncie mi boca la alabanza del Señor,
todo viviente bendiga su santo nombre
por siempre jamás.*

2. Reflexión pastoral

Ternura

El acompañamiento pastoral a nuestros hermanos, que están pasando por el sufrimiento, está marcado profundamente por el amor de Dios: nos acercamos al prójimo con un amor patente y eficaz porque acompañamos en el mismo Dios que es Amor.

Pero es necesario que este amor sea también sentido por aquél que recibe nuestros cuidados, por el que sufre, por el que, ante todo, necesita sentirse amado. No es suficiente saber que me están cuidando y acompañando –porque me aman– sino que necesitamos sentirnos profundamente amados en lo más hondo de nuestro corazón, en nuestro sufrimiento.

La ternura es, precisamente, el amor hecho carne, el amor que se ha encarnado en dos personas unidas por los lazos del amor. Bien sabemos que Dios es Amor y que el Unigénito, el Amado, se encarnó por amor en las tiernas entrañas de María, su madre, quien acogió en su perfecta ternura maternal a aquel Hijo que daría su vida en la Cruz por amor a todos nosotros.

La ternura es, pues, la concreción del Dios Amor. Como dice el Papa Francisco: *«la ternura es un buen “existencial concreto”, para traducir en nuestros tiempos el afecto que el Señor nutre por nosotros»* (Papa Francisco, Discurso 14 de septiembre de 2018).

Ternura y misericordia divina

Hoy en día, estamos llamados a redescubrir el rostro de Dios como infinita ternura amante, a volver a sentir *«tu entrañable ternura y compasión hacia nosotros»* (Is 63,15).

La ternura manifiesta nuestra forma de recibir hoy la misericordia divina. *«La ternura nos revela, junto al rostro paterno, el rostro materno de Dios, de un Dios enamorado del hombre, que nos ama con un amor infinitamente más grande que el de una madre por su propio hijo: “¿Puede una madre olvidar al niño que amamenta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré. Mira, te llevo tatuada en mis palmas, tus muros están siempre ante mí”* (Is 49,15-16). *Pase lo que pase, hagamos lo que hagamos, estamos seguros de que Dios está cerca, compasivo, listo para conmoverse por nosotros. La ternura es una palabra beneficosa, es el antídoto contra el miedo con respecto a Dios, porque “en el amor no hay temor”* (1 Jn 4,18), *porque la confianza supera el miedo. Sentirse amado, por lo tanto, significa aprender a confiar en Dios, a decirle, como quiere: “Jesús, confío en ti”»*. (Papa Francisco, Discurso).

Tenemos la misión de llevar, a la persona a la que acompañamos en el sufrimiento, a encontrarse con la entrañable ternura de Dios, con nuestro Dios que es infinitamente tierno con todos los hombres, pero especialmente con los más necesitados.

De este modo, estamos llamados a redescubrir esa ternura divina, pues no estamos habituados a contemplar a nuestro Dios en esa dimensión, ya que desde antiguo han prevalecido otros modos de acercarse al misterio divino.

Ternura paternal de Dios

La Biblia nos habla reiteradamente de un Dios que es Padre al modo humano, que abraza a sus hijos con afecto y cariño, que nos cuida como un padre a un niño pequeño: cogiéndonos en los brazos, llevándonos hasta sus mejillas. Es muy sugestiva la cita del profeta Oseas:

«Cuando Israel era joven lo amé y de Egipto llamé a mi hijo. Pero era yo quien había criado a Efraín, tomándolo en mis brazos; y no reconocieron que yo los cuidaba. Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. Me incliné hacia él para darle de comer» (Os 11,1.3-4).

Esta misericordiosa ternura se desborda especialmente con los que temen al Señor, con los que cumplen los mandatos del Señor:

«Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por los que lo temen; porque él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro. Los días del hombre duran lo que la hierba, florecen como flor del campo, que el viento la roza, y ya no existe, su terreno no volverá a verla. Pero la misericordia del Señor dura desde siempre y por siempre, para aquellos que lo temen; su justicia pasa de hijos a nietos: para los que guardan la alianza y recitan y cumplen sus mandatos» (Sal 103,13-18).

La tierna delicadeza protectora del Señor se expresa magistralmente en el profeta Isaías:

«Porque yo, el Señor, tu Dios, te tomo por tu diestra y te digo: “No temas, yo mismo te auxilio”. No temas, gusanito de Jacob, oruguita de Israel, yo mismo te auxilio –oráculo del Señor–, tu libertador es el Santo de Israel» (Is 41,13-14).

Ternura maternal de Dios

Pero nuestro Dios tiene también una dimensión maternal, tiene una impronta de ternura maternal para con sus hijos de tal modo que Él mismo nos acoge como una madre coge en sus brazos a un niño pequeño y se conmueve por él:

«¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré. Mira, te llevo tatuada en mis palmas, tus muros están siempre ante mí» (Is 49,15-16).

«Porque así dice el Señor: “Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz, como un torrente en crecida, las riquezas de las naciones. Llevarán en brazos a sus criaturas y sobre las rodillas las acariciarán; como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo, y en Jerusalén seréis consolados”» (Is 66,12-13).

«Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad. Sino que acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre; como un niño saciado así está mi alma dentro de mí. Espere Israel en el Señor ahora y por siempre» (Sal 131,1-3).

Ternura del Buen Pastor

Jesús mismo revela el sentimiento que lo anima frente a todos los que sufren, es la compasión que se manifiesta mediante la ternura del Buen Pastor que busca a las ovejas perdidas, se acerca a los indefensos y se hace el contradicho de los enfermos, de los discapacitados, de los que sufren. La suya es una ternura de com-pasión, participando profunda y existencialmente en lo que viven y sienten todos aquellos a los que muestra el amor misericordioso de Dios.

«Jesús les dijo esta parábola: “¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”» (Lc 15,3-6).

Esa ternura de Jesús le lleva a poner como modelo para entrar en el reino de los cielos a los más débiles de la sociedad en aquel entonces: a los niños.

«Acercaban a Jesús niños para que los tocara, pero los discípulos los regañaban. Al verlo, Jesús se enfadó y les dijo: “Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impedáis, pues de los que son como ellos es el reino de Dios. En verdad os digo que quien no reciba el reino de Dios

como un niño, no entrará en él". Y tomándolos en brazos los bendecía imponiéndoles las manos» (Mc 10,13-16).

Qué hermoso es el acompañamiento que lleva a encontrarse en el que sufre con un Dios, que es rico en cariño paternal y en amor de madre; con un Buen Pastor, que no duda en cargarnos sobre sus hombros cuando ya no podemos más; con Jesús, que nos pone como modelo celestial la inocencia de la tierna infancia –a la que nos llama continuamente–, pues sólo de los que son como niños es el reino de los cielos.

Acompañando en la ternura

Al acompañar a los que sufren, según el modelo de Cristo, nosotros mismos nos hacemos icono de su tierno amor encarnado, saliendo de nosotros mismos, de nuestra comodidad y apetencias, para ir en busca del que necesita sentirse querido en su vida llena de problemas, dolores y enfermedades, del que necesita no sólo palabras, sino una mano amiga que lo coja y lo abrace.

La ternura se transmite con la mirada compasiva que ve la raíz del sufrimiento del prójimo, con la atenta escucha que oye el profundo lamento del corazón, con la palabra afectuosa que quiere consolar en el dolor, con la mano suave y firme de quien sostiene el cuerpo dolorido, de quien abraza con calor humano, de quien besa en la mejilla con el ósculo santo.

El acompañamiento en la ternura no es sentimentalismo sino amor en acción, amor que se hace carne en el sufrimiento, que mueve interiormente nuestro ser para estrechar las manos del necesitado, mirándole cariñosamente a los ojos, transmitiéndole con los gestos profundos de nuestro cuerpo cuánto me importa porque en él está Cristo enfermo que necesita un consolador, como un niño necesita que su madre lo consuele cogiéndolo en brazos.

Recordemos que *«hoy, más que nunca, hace falta una revolución de la ternura. Esto nos salvará»* (Papa Francisco, Discurso).

3. Cuestiones para reflexionar

1. ¿Somos conscientes de que nuestro hermano que sufre necesita sentirse existencialmente amado por quienes lo cuidan y acompañan, experimentando la cercanía de un corazón entrañable como el de Cristo?
2. Cuando acompañamos al que sufre, ¿le cogemos tiernamente las manos, lo miramos con cariño a los ojos, le hablamos con palabras llenas de afecto y delicadeza, transmitiéndole nuestro interés y com-pasión?
3. En nuestro acompañamiento ¿somos imagen de la entrañable ternura de Dios?

4. Para orar

Entrañable ternura

Ayúdame, Señor,
a ser imagen de tu ternura,

con mis hermanos que sufren;
a verte en su mirada llorosa,
con los ojos profundos del alma;
a escucharte en sus lamentos,
con los oídos del corazón;
a estrechar tus manos temblorosas,
entre mis manos palpitantes.

Ayúdame, Señor,
a ser portador de tu tierno amor
a quien no se siente amado;
a llevar un afectuoso abrazo,
a quien no conoce el cariño;
a dar un fraterno beso,
a quien nunca recibe una caricia;
a pronunciar una palabra consoladora,
a quien no tiene nadie que lo conforte.

¡Ayúdame, Señor,
a vivir en tu entrañable ternura!
Amén.